SODALITIUM

Anno IX - Semestre II n. 4 - Dicembre 1992 N. 32

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº **32**, pág. 26. Título original: *Decima puntata: Preparazione di un Conclave (1954-1958) IL PAPA DEL CONCILIO.* Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **diciembre de 1992.** Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Décimo episodio: Preparación de un Cónclave (1954-1958).

"EL PAPA DEL CONCILIO"

por el P. Francesco Ricossa

Mons. Roncalli en la Plaza de San Pedro, para los funerales de Pío XII

Preparación de un Cónclave (1954-1958)

Que el lector no se sorprenda leyendo el título de este décimo episodio. El Cónclave que concluyó con la elección de Angelo Giuseppe Roncalli al trono de Pedro duró sólo unos días, del 25 al 28 de octubre de 1958. Su preparación, sin embargo, comenzó mucho antes, al menos desde 1954... lo que nos obliga a examinar por tercera vez el período veneciano de monseñor Roncalli, pero desde un nuevo punto de vista.

El último Consistorio

Doce de enero de 1953. Pío XII celebró el último Consistorio de su vida, durante el cual creó 24 nuevos Cardenales. Entre ellos estaba Mons. Roncalli, que iniciaba así su episcopado veneciano. Pío XII ya no tenía Secretario de Estado, sino dos pro-secretarios: Tardini y Montini. En aquella ocasión, el Papa ofreció el sombrero cardenalicio a ambos. Tardini se negó, y al hacerlo "arrastró a Montini en su negativa, ya que el Papa les había ofrecido [la púrpura] simultáneamente" ([1]). "Monseñor Nicoloni", escribe el historiador Chélini, "piensa que Tardini había sugerido a Montini que rechazara la púrpura sin ninguna motivación ulterior y que Montini había aceptado espontáneamente. En Roma sigue circulando la versión contraria. Tardini, al alejar a Montini del cardenalato, lo alejaba al mismo tiempo del próximo cónclave y le cerraba las puertas del papado" ([1]).

Desde ese día hasta principios de 1958 murieron 13 cardenales, reduciéndose el número de miembros del Sacro Colegio a 53 (de los 70 disponibles). Los 21 puestos de rango cardenalicio sólo fueron ocupados ya por 13 cardenales. En 1958 seguían vacantes los cargos de Secretario de Estado, Chambelán, Cardenal Fechador, etc.

Precisamente con ocasión del último Consistorio, Pío XII tuvo una crisis muy dolorosa de neuritis en un brazo...

Un año terriblemente pesado

... Interrumpió las audiencias del 22 de enero al 12 de marzo, sin que el público fuera informado de las causas y de la naturaleza de la enfermedad.

Pero desde hacía algunos meses sufría periódicamente de debilidad estomacal. Ahora bien, el año 1953 fue terriblemente pesado, como claramente las siguientes cifras: 492 audiencias privadas, 3832 audiencias de grupo, 2126 audiencias de besamanos; finalmente, en el curso de casi un centenar de audiencias generales, había recibido a 381.534 peregrinos, sin contar un centenar de mensajes radiofónicos y la intensa preparación del Año Mariano previsto para 1954, con ocasión del centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. "Para protegerse de las fatigas del nuevo año, que prometía ser aún más pesado, Pío XII recurrió al profesor Paul Niehans" ([2]), a quien se unió, como médico de cabecera, el arqueólogo pontificio, Dr. Riccardo Galeazzi Lisi. La elección, como muestra la continuación, no fue feliz. Endocrinólogo, el profesor suizo propuso una fantasiosa a la vez que ineficaz celuloterapia con células extraídas de animales. El oftalmólogo, Galeazzi Lisi se hizo famoso por su incalificable comportamiento durante la agonía y la muerte del Papa, vendiendo a las revistas fotografías clandestinas de Pío XII muerto o agonizante... Si pensamos entonces que los asuntos espirituales del Papa estaban en manos del padre Bea, su confesor, ciertamente muy docto pero que más tarde resultó ser un ecumenista desenfrenado, se puede decir realmente que el cuerpo y el alma de Pío XII estaban en malas manos ([3]), hasta el punto de que su sobrino Carlo Pacelli llegó a sospechar que su tío había sido envenenado ([4]).

Fue el Señor, como veremos, quien protegió milagrosamente a uno y otro.

Enfermedad grave, curación milagrosa (1954)

El año siguiente, 1954, se abre y se cierra con una gravísima enfermedad del Papa: entre ambas crisis, unos meses de alivio, durante los cuales Pío XII lleva a cabo actos importantísimos, como la canonización de Pío X y el alejamiento de Montini de Roma, compensado con su nombramiento como arzobispo de Milán (10 de noviembre). Del 26 de enero al 16 de febrero, gravemente enfermo, no pudo alimentarse de forma natural. En otoño, Pío XII tuvo una recaída, su estado llegó a ser casi desesperado. En sus sufrimientos, su consuelo era el Libro de los Ejercicios de San Ignacio, y la oración *Anima Christi*.

El 2 de diciembre, Pío XII confesó al obispo Tardini: «Me confío a usted porque otros podrían pensar que los míos son alucinaciones de un pobre enfermo. Ayer por la mañana oí una voz, ligera pero clara, que decía: ahora viene una visión. En cambio, no vino nada. Luego he tenido la visión

esta mañana, cuando asistía a la Santa Misa. He visto al Señor. Fue un instante, pero lo vi bien...» ([5]). Pío XII pensaba que el Señor vendría por él, respondiendo a su oración: *«In hora mortis meæ, voca me»* (*«En la hora de mi muerte llámame»*) ([6]). En cambio, Jesús le había curado, concediéndole casi cuatro años más.

Cuatro años de soledad ([7]) y sufrimiento, tanto físico como moral, para Pío XII.

La última fotografía de Pío XII vivo.

Mientras tanto, en Venecia

«En el Vaticano se tenía la certeza de que la progresiva decadencia orgánica de la que era presa el Papa le llevaría pronto a la muerte» ([8]). Y no sólo en el Vaticano...

Ni siquiera en Venecia se hacían ilusiones sobre el destino de Pío XII. ¿Cuáles eran los sentimientos de Monseñor Roncalli a este respecto? Leemos a Hebblethwaite: «Roncalli alude, por primera vez, a la precaria salud del Pontífice en una carta dirigida a toda la familia el 3 de marzo de 1954. Tras señalar que su salud 'es siempre excelente, a pesar de mi duro trabajo', prosigue: 'La gran preocupación de hoy es la salud del Santo Padre. Al parecer se trata de la enfermedad de nuestra Ancilla, es decir, estenosis de estómago o tumor como se dice. Explica que no puede alimentarse más que con inyecciones: tal vez lo mantendrá algunos meses como a nuestra difunta,

pero al final tendrá que ceder, como todo mortal. Le debo al Santo Padre infinita gratitud por haberme nombrado Patriarca de Venecia, más aún por haberme hecho cardenal. Uníos a mi oración, para que el Señor conserve por mucho tiempo a este gran Papa. A decir verdad, su muerte me entristecería mucho: tendría que interrumpir durante casi un mes mi hermoso trabajo ya iniciado de la Visita pastoral. Pero no cambiaré mi programa para todo este año» (*Cartas a la Familia*, 3-3-1954).

Un cónclave, en definitiva, le vendría mal porque interferiría con su programa pastoral: la visita a todas las parroquias, seguida de un sínodo en cada diócesis. Considera la muerte de Pío XII como una gran pérdida. En esto no transparenta de hecho ninguna verdadera emoción, como si Roncalli comprendiera bien que Pío XII había tenido su día y que no debía aferrarse inmoderadamente a la vida» ([9]).

En verdad esta vez no se puede acusar a Hebblethwaite de forzar la interpretación de las fuentes. Roncalli parece bien alejado de la enfermedad del Papa: compara su propia salud excelente (sólo es cinco años más joven) con la salud minada de Pío XII, ¡y profetiza su muerte (cuatro años antes) como una desgracia porque interrumpiría su programa de trabajo! Este distanciamiento tampoco puede atribuirse a una serenidad cristiana ante la muerte. Como el mismo Monseñor Roncalli recuerda, su hermana Ancilla había muerto recientemente (11 de noviembre de 1953). En aquella ocasión el Cardenal demostró una consternación que rayaba en la duda sobre la Fe. De regreso del funeral tomó el tren a Venecia con su secretario Capovilla. «Era ya de noche y Roncalli estaba pensativo. Capovilla le escucha murmurar: 'Ay de nosotros si todo fuera una ilusión'. Interrumpido por el ruido del tren, por la lluvia golpeando las ventanas, este misterioso comentario: «Ay de nosotros si todo fuera una ilusión» se graba en la memoria de Capovilla «porque me había revelado un aspecto casi chocante de la genuina, y por tanto intrépida, humanidad de mi patriarca». Tanto si Roncalli pensaba en la suntuosa pompa de Venecia, en los años decadentes de Ancilla o en la misma vida eterna, su duda le acerca al común de los mortales» ([10]).

Volviendo a Pío XII, ya que no había cumplido su «profecía» al morir durante 1954, Roncalli emitió otro pronóstico ominoso para 1955: «Escribió a María que el Papa “ahora parece que se muere y luego mejora, pero para recaer” (Cartas a la familia, 8-1-1955). La prensa informaba de un nuevo y costoso tratamiento: Roncalli no estaba tan seguro de que mereciera la pena: «Ah, tengo poca fe en que el Santo Padre pueda recuperarse, a pesar de tantos médicos y medicinas gastadas. Su vida es un milagro, pero los milagros, como usted sabe, duran poco tiempo. Y quizá nos equivoquemos todos, querida María, al quejarnos. A nuestra edad, todo lo que viene es un plus'» (11).

En resumen, gastos inútiles para Pío XII. Mientras, en cambio, el ancianito Patriarca de Venecia se muestra tan vivaracho como siempre (a sus 73 años). «El Cónclave», piensa, «es inminente. Y él está en plena forma: «Entre los ancianos de aquí, el Patriarca es el más vigoroso y a mí me mira con asombro la buena gente». Estas líneas están dirigidas sólo a María, pero no se entiende en absoluto la forma en que subraya su salud física, a menos que se trate de un guiño al Colegio Cardenalicio. No aspira presuntuosamente a ser elegido, está lejos de ello, pero todos pueden saber que está en buena forma y disponible» ([11]).

Pero el vigoroso Patriarca aún tendrá que esperar para el Cónclave hasta finales de 1958. Hasta la muerte de Pío XII. Justo a tiempo, cuando Roncalli empieza a sentirse viejo ([12]). «Cuando Roncalli conoce la noticia de la muerte del Papa, escribe en su diario: 'Hermana muerte anunciada bruscamente, pronto cumplió su oficio. Le bastaron sólo tres días. El jueves 9 de octubre, a las 3.52 horas, Pío XII estaba en el Paraíso' (*Cartas*, pág. 481).

Pío XII ha dejado de sufrir. Pero para la Iglesia comienza el calvario.

Pero estando Pío XII en un lugar seguro en el cielo, Roncalli mira hacia atrás. Se preocupa del bien futuro de la Iglesia y da rienda suelta a la esperanza en una imagen típica: 'Cierta frase mía habitual —no estamos aquí en la tierra para custodiar un museo, sino para cultivar un floreciente jardín de

vida reservado para un futuro glorioso— toca la realidad más consoladora. Muerto el Papa, viva el Papa'.

Dejó Venecia para siempre en el tren de las 9.40 horas del 2 de octubre de 1958, con la despedida del alcalde y otros notables» ([13]). La muerte actuó bien y con rapidez. Ahora le tocaba a él, Roncalli, renovar la faz de la tierra.

Pero antes de abordar la historia del Cónclave, preguntémonos de nuevo: ¿sabía Roncalli que sería elegido? Y luego: ¿hacia quién se dirigían sus simpatías?

A la primera pregunta responderemos: sí, lo sabía. Y a la segunda: hacia Giovanni Battista Montini.

Una elección anunciada

Llegado a Venecia en 1953, el Patriarca Roncalli no imaginaba otra cosa que la muerte tras la púrpura cardenalicia, «último signo de honor para un eclesiástico en la tierra» ([14]). Pero pronto las cosas cambian; el Papa cae enfermo, el Cónclave está cerca, él mismo asistirá... y después de todo, su salud es excelente y está deseoso de darlo a conocer.

La «leyenda» informa en tono edificante de un Monseñor Roncalli completamente inconsciente de su posible elección, con el único pensamiento, al hacer las maletas para el Cónclave, de volver a Venecia, donde deja importantes documentos esperando su regreso, para el que ya tiene el billete... ([15]). No hay razón para negar los testimonios según los cuales el Patriarca dijo que estaba seguro de volver pronto a casa: ¡pero lo que se dice no siempre se piensa!

Incluso la prensa, hasta la víspera del Cónclave, ignoró la candidatura de Roncalli. «Ninguno de los periódicos —atestigua Giulio Andreotti— habló en aquel octubre de 1958 de una candidatura de Roncalli. Cuando su nombre surgió a raíz de la conversación de un cardenal extranjero **con el arzobispo Montini**, los bien informados subestimaron la hipótesis, ironizando incluso sobre la carrera diplomática de Roncalli (...)» ([16]).

Si el profano no lo sabía, otros, en cambio, lo sabían todo desde hacía tiempo, incluso el Card. Roncalli en persona. Hablando con Roncalli, Gallarati Scotti y el propio Andreotti, por ejemplo, se dieron cuenta de ello. A Tommaso Gallarati Scotti, ya líder del modernismo milanés, buen amigo de Montini (y también de Roncalli, ya que pudo permitirse hablar con él sobre un futuro Cónclave y su resultado, en junio de 1958) le llamaron la atención las alusiones de su interlocutor. Roncalli «no excluía la hipótesis de su elección» ([17]) cuando, cabe señalar, Pío XII aún vivía.

Para cuando Roncalli habló con Andreotti, Pío XII había muerto, y el Patriarca (brevemente aún) lo tenía muy claro. «Que (...) él sería el nuevo Papa, lo comprendí claramente la mañana del comienzo del Cónclave, pocas horas antes de que el Cardenal se trasladara de la Domus Mariæ en el Aurelia al Vaticano. La noche anterior —cuenta Andreotti—, monseñor Capovilla me había telefoneado para decirme que el Patriarca quería verme». El político italiano recuerda a continuación sus relaciones pasadas con Roncalli y la amistad de éste, que ya hemos mencionado, con el modernista Buonaiuti. Por último, retoma su conversación con el Patriarca. Fue éste quien quiso hablar del Cónclave: «Tú —le dijo Roncalli— no me hables de la cháchara de estos días. Es verdad que todos decimos: a mí no, a mí no. Pero estas flechas del Espíritu Santo deben caer sobre alguien... (...) He recibido un mensaje de buenos deseos del general De Gaulle, pero esto no significa que los cardenales franceses vayan a votar por él. **Sé que querrían elegir a Montini y eso sería ciertamente excelente**; pero no es posible superar la tradición de elegir entre cardenales...». «. Roncalli supo entonces que algunos querían elegir al cardenal armenio Agagianian, que de hecho tenía muchos votos. Roncalli echó entonces por tierra los argumentos a favor de una candidatura «oriental».

He aquí el comentario de Andreotti: «Había escuchado con asombro y cierta vergüenza esta declaración abierta del Patriarca con una referencia incluso demasiado clara a la candidatura de Agagianian. **Comprendí entonces que Roncalli estaba seguro de salir Papa del cónclave**. Y si aún tenía alguna duda la dejé caer cuando acompañándome hasta la puerta me dijo: «Nos veremos pronto, en Priscila o en otro lugar». Así pude causar una espléndida impresión tanto en la embajada española, donde fui a desayunar; como con el editor de mi *Concretezza* [Realidad concreta – ndt]. De hecho, aquella tarde envié a Milán una sola fotografía para la portada, la de Angelo Giuseppe Roncalli. Comparado con *Paese Sera* [periódico vespertino cercano al Partido Comunista Italiano – ndt], del que se decía que tenía preparados treinta y seis clichés, fue todo un éxito» ([18]).

Antes del encuentro con Andreotti, el arzobispo Roncalli había escrito dos cartas, una al obispo de Bérgamo, monseñor Giuseppe Piazzi, el 23 de octubre, la otra al obispo de Faenza, Giuseppe Battaglia, el 24. Al primero le anunciaba «el nuevo Pentecostés» que llegaría “en la renovación de la cabeza”. Luego añadió: “poco importa que el nuevo Papa sea bergamasco [¡como él! - nde] o no”. Por último, guiñó un ojo: “Su Excelencia me entiende'. “Sin duda, Su Excelencia lo ha entendido todo”, comenta Hebblethwaite ([19]).

En su carta al obispo de Faenza, la diócesis en la que su sobrino Don Battista Roncalli estaba incardinado, el Patriarca escribió para prohibir terminantemente la venida de su pariente a Roma durante esos días. ¡Daría una desagradable impresión de nepotismo! Pero, después de la elección claramente anunciada ("Cuando oigas que tuve que ceder al vuelo del Espíritu Santo, expresado por las voluntades reunidas...") ([19]) entonces el sobrino podrá venir a Roma... para felicitar a su tío. De momento, recomendó Roncalli "de todo esto, por supuesto, agua de borrajas" [traducido del italiano "acqua in bocca": ¡que se te haga la boca agua!; expresión italiana que usa para hacer entender a la persona con la que hablamos que le estamos contando un secreto, algo que no tendrá que decir a nadie – ndt] ([19]).

¿Cómo podía, nuestro personaje, estar tan seguro de su elección? Si excluimos el espíritu de profecía (en general, como hemos visto, no acertó ni una) debemos pensar que tenía seguridades precisas al respecto. Sin duda pesaba en sus esperanzas (o certezas) el resultado positivo de su "campaña electoral". Ciertamente, escribió (a propósito del honor del Papado), en su diario "El diario del alma", "que puedo decir que no he hecho nada para provocarlo, nada en absoluto; al contrario, con cuidadoso estudio y conciencia de no proporcionar ningún recuerdo sobre mi persona" ([20]). Después de leer el testimonio de Andreotti, ¡hay que preguntarse si el futuro Juan XXIII sospechaba que un día su diario sería leído y publicado! Hebblethwaite, para salvar la sinceridad de su héroe, señala que "él mismo, sin embargo, aplica estas palabras suyas sólo al Cónclave. En el período del pre-cónclave, él también, como los demás, está ocupado" ([20]).

Roncalli pudo, pues, hacer sus cuentas y darse cuenta de que sus electores eran muchos, entre ellos muchos que, sabiendo lo que hacían, le consideraban la mejor preparación para el pontificado, por ahora imposible, de Montini. Volveremos sobre este aspecto. Antes tenemos que hablar de una "predicción" mucho más antigua y misteriosa.

El enigma Bardet

Que Roncalli estaba seguro de ser elegido lo dice también Wilton Wynn, pero admite que para él "es difícil entender por qué (...) estaba seguro de que la elección recaería sobre él" ([21]). Quizás haya una explicación...

Agosto de 1954. Un tal Jean-Gaston Bardet escribe al patriarca Roncalli, que se encontraba entonces de vacaciones en su ciudad natal de Sotto il Monte. "No sólo predice que él será Papa, sino que también adivina el nombre que elegirá cuando sea elegido" ([22]).

Monseñor Roncalli le respondió el 26 de agosto. No cree a Bardet, que es "víctima de una alucinación grave y peligrosa". Sin embargo, la noticia debe haberle impactado, ya que a pesar de rechazar la "profecía", Roncalli se muestra agitado: "Durante algunas semanas esto fue un tormento a tal punto para mí que no podía pensar en nada más. Pero ya que, su alma, veo que está en gran agitación, he unido mis oraciones en una ferviente plegaria, y ahora tengo el valor de compartir con usted abiertamente la dolorosa duda que asalta mi corazón desde hace algún tiempo". (22) . “Pero Bardet no está dispuesto a dejar que le muestren la puerta tan fácilmente. Llega a Venecia donde se encuentra con Roncalli, le repite sus predicciones y le dice, según Capovilla, que su pontificado estará marcado por "intervenciones y reformas doctrinales". Las predicciones de Bardet todavía persiguen a Roncalli en enero de 1955. Se refiere a ellas en una carta a su hermana María: “Un francés loco, que tiene revelaciones y visión doble, incluso me dijo el nombre que llevaré cuando me hagan Papa. Locos, locos, todos ellos. Pienso en morir en su lugar. Tengo aquí mi programa de buena obra para este año, también para el próximo, en el quinto centenario de S. Lorenzo Justiniano, que fue el primer Patriarca de Venecia” (*Cartas a la familia*, 8-1-1955).

Así que deja a Bardet a un lado como un loco, sin elogios. Sin embargo, sigue existiendo una pequeña duda insoportable ([22]).

Y según Hebblethwaite, todavía en 1958 «Roncalli no olvidó las curiosas “alucinaciones” de Gaston Bardet» ([23]). Hasta el punto de que ahora sabe que es el próximo Papa.

Todo nos resulta muy curioso. Hay muchos locos. En los círculos religiosos, muchos. Y a los locos generalmente les encanta escribir a personas importantes. Por tanto, sorprende que un cardenal, a pesar de juzgar a Bardet como "loco", se enfade tanto y acabe acogiéndolo en el Patriarcado. Es aún más sorprendente que también tenga razón en su profecía.

Se puede razonablemente suponer que Bardet sabía, en 1954, que Roncalli sería elegido o que, al menos, era el candidato designado por algún grupo de presión para suceder a Pío XII y llevar a cabo "reformas" en la Iglesia.

¿Pero quién era él, Jean-Gaston Bardet? Según uno de mis corresponsales, era un conocido masón. Por supuesto, si lo era, era de tendencia del esoterismo cristiano, como lo demuestran los títulos de los libros que escribió, enumerados en una carta de la viuda Bardet a la revista francesa *"Lecture et Tradition"* ([24]) a la que responde, en las mismas páginas, Etienne Couvert. Según Couvert, estudioso del gnosticismo, los libros de Bardet "están imbuidos de esa gnosis que denuncio en mis obras", su enseñanza "es

evidentemente contraria a la fe cristiana, aunque pensaba y escribía lo contrario..." ([24]).

Es el camino abierto, por tanto, para futuras investigaciones que desmientan o confirmen las posibles inferencias. Lo cierto es que no es la primera vez, como hemos visto, que el nombre de Roncalli puede vincularse al de la Masonería o con ambientes cercanos a ella.

Roncalli prepara a Montini

Existiera o no un plan para hacer elegir a Roncalli, es seguro que éste habría querido a monseñor Montini en el trono de Pedro. Y como en realidad no podía ser elegido, ya que Pío XII le había negado el cardenalato al excluirlo del cónclave, monseñor Roncalli tuvo que prepararle el camino. Él era consciente de esto.

Ya he hablado de la antigua amistad entre ambos en episodios anteriores ([25]). Ahora las relaciones son más estrechas. «Montini —escribe Hebblethwaite— se convierte cada vez más en su confidente romano. Los dos se escriben con frecuencia. En su correspondencia hay una carta de Roncalli, fechada en Pascua de 1954, que nunca fue enviada, pero cuyo borrador se ha conservado cuidadosamente. Según Capovilla, la carta nunca fue enviada porque era demasiado reveladora» ([26]). En efecto, podemos hablar de "dependencia" de uno respecto del otro: "durante todo este período, Roncalli se vuelve cada vez más dependiente de Montini, su amigo de las altas esferas" ([27]). Pero el "amigo de las altas esferas" deberá pasar, unos meses más tarde, la dura prueba de la que ya hemos hablado ([28]). «‘En noviembre de 1954 se produjo un hecho que dejó a Roncalli desconcertado: su amigo Giovanni Battista Montini fue repentinamente despedido de sus funciones en la Secretaría de Estado y enviado al exilio: fue nombrado arzobispo de Milán. Evidentemente se trata de un “gran honor”. Pero, para decirlo francamente, este nombramiento significa que la Curia Romana le muestra la puerta a Montini después de treinta años de intensa actividad en sus oficinas. No se puede decir que Montini vaya a Milán para "adquirir la experiencia pastoral que necesitará para convertirse en Papa", ya que no se piensa en absoluto en nombrarlo cardenal, aunque ésta era la tradición en la antigua y prestigiosa sede ambrosiana. Arzobispo de Milán, se trata de una tarea enorme para alguien cuya salud es frágil y que nunca ha dirigido una diócesis, y menos aún una diócesis tan vasta y compleja. ¿Por qué Pío XII tomó esta decisión? ¿Qué quiere decir esto?

Roncalli conoció la noticia del nombramiento de Montini el 3 de noviembre de 1954. Ese día se encontraba participando en una reunión de cardenales y arzobispos en Pompeya. Al día siguiente, festividad de San Carlos Borromeo, la noticia se hace pública. Capovilla describe así la reacción de Roncalli: “Roncalli quedó estupefacto entre el júbilo porque Montini entró en la sucesión no sólo de Schuster, sino de San Ambrosio, de San Carlos y del Cardenal Ferrari, y el disgusto de verlo alejarse de Roma y del servicio inmediato. del Papa".

En el camino de regreso a Venecia, Roncalli se detiene en Roma y va a visitar a Montini. Capovilla señala: “Asistí al inicio y a la despedida de aquella reunión, quedando impresionado por la figura hierática del nuevo metropolitano lombardo. En su casa ya había un aire de partida, con un sutil toque de tristeza."

Es cierto que la pérdida de la Curia romana beneficia a Milán, pero lo que deja perplejo a Roncalli es que no comprende por qué, en su vejez, Pío XII se privó de su más válido colaborador. Roncalli observó a Capovilla: "Y ahora, ¿dónde encontrarán a alguien que sepa escribir una carta, un documento como él los sabía hacer?". Todo esto esconde una turbia intriga.

La carta de felicitación de Roncalli revela su sorpresa. Desde su llegada a Venecia, Capovilla ha subrayado que las relaciones entre estos "dos eclesiásticos [...] van más allá de las fronteras protocolarias" y que vivieron su amistad "con prudencia y discreción" ([29]). Montini ha caído en desgracia (parcial), pero Roncalli no lo abandona; de hecho, lo apostó todo por él en 1955, «‘en respuesta a una pregunta que le hicieron durante una reunión de estudiantes universitarios en la isla de San Giorgio, responde: "Si monseñor Montini fuera cardenal, no dudaría en darle el voto en caso de cónclave para la sucesión de Pío XII".

Más tarde, dos de sus primos, Giovanni y Candida Roncalli, de Milán, van a visitarlo al patriarcado. Dice a sus invitados: “Mirad lo que le pasó al Angelino de Battista Roncalli, trabajador de campo: Patriarca de Venecia y Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Ahora todo lo que tenía que hacer era convertirse en Papa; pero esto no es posible, porque el próximo Papa será vuestro arzobispo’ [es decir, Montini]» ([30]).

El padre Tanzella nos confirma también cómo Roncalli era consciente de su papel de precursor del “Mesías” Montini: «Para él, el sucesor de Pío XII habría sido el arzobispo de Milán, monseñor Giovanni Battista Montini. Tanto es así que, estando en Pompeya en 1956 para la Conferencia Episcopal Italiana, tanto el cardenal patriarca Roncalli como el arzobispo Montini, Roncalli, con un gesto de profunda humildad, insistió en dar prioridad a

Montini. Posteriormente se lo hicieron observar. La precedencia era suya porque era Cardenal y Patriarca. A lo que Roncalli respondió: "El arzobispo de Milán merece esta atención, porque algún día será Papa". Sí, un día Montini también será Papa y será Pablo VI, pero primero vendrá un Papa Juan, Pastor et Nauta, pastor y navegante que empujará a la Iglesia mar abierto, hacia esa actualización que ya intuía. en los signos de los tiempos, a pesar de ser todavía Patriarca de Venecia» ([31]).

En vista de un Papa Montini, el primer paso fue por tanto la elección de Mons. Roncalli, con edad suficiente para cederle pronto su puesto. La segunda etapa fue su nombramiento como cardenal. Este fue el primer acto de Juan XXIII, el cual dirá: "Montini, es el primer fruto de nuestro pontificado" ([32]).

Por último, se trataba de abrirle el camino de la sucesión. Llegaría incluso, el 31 de mayo de 1963, a designarlo a los cardenales desde su lecho de muerte: “En mi opinión, será el cardenal Montini; los votos del sagrado colegio deben converger en él” ([33]).

Juan XXIII no se limitará a "mantenerle caliente el puesto a Montini". En los pocos años de su gobierno ya habrá puesto en práctica lo que "se convertirá en su eslogan y su marca": la actualización (el *aggiornamento*). Él nos lo había advertido, era su programa, ya el 8 de octubre de 1957 (carta pastoral) ([34]).

A la luz de estos hechos, nos parecen proféticas las palabras que se dice que Pío XII pronunció al embajador de Francia en el Vaticano: "Después de mí, el diluvio" ([35]).

Notas

1) JEAN CHÉLINI, *L'Eglise sous Pie XII*, ed. Fayard 1989, vol. II, pág. 519 y nota 4. II pág. 519 y nota 4.

2) CHÉLINI, *op. cit*. pág. 509.

3) Sobre el Card. Bea, cfr. la biografía de su colaborador y secretario el P. Steijpan Schmitt S.J. Se trata de una obra muy documentada, que tiende a presentar al Card. Bea bajo un aspecto más bien «tradicional». A Bea se debe, por ejemplo, que Mons. Bugnini, artífice de la reforma litúrgica, tuviera libre acceso al enfermo Pío XII. Cfr. «*Sodalitium*», n. 11 pág. 11; y ANNIBALE BUGNINI, *La riforma liturgica* [1948-1975] CLV Edizioni Liturgiche 1983, pág. 22.

4) ANTONIO SPINOSA, *Pio X II l'ultimo Papa*, Mondadori editore Milán 1992, pág. 342.

5) CHÉLINI, *op. cit*., pág. 513-514; SPINOSA *op. cit*., pág. 344.

6) Oración «*Anima Christi*» al comienzo de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

7) Cf. CHÉLINI *op. cit*. págs. 521-523.

8) ANTONIO SPINOSA, *op. cit*. págs. 342-343.

9) PETER HEBBLETHWAITE, *Giovanni XXIII, il Papa del Concilio*, ed. Rusconi 1889, pág. 350.

10) HEBBLETHWAITE, *op. cit*. pág. 342. Citado por LORIS CAPOVILLA, *Ite Missa est*, ed. Messaggero Padova y Grafica ed Arte, Bergamo 1983, pág. 53.

11) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 357.

12) Véase HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 380.

13) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 381. ¿Cómo juzgó **realmente** Juan XXIII a su predecesor? Se cuidó de no disgustarle (HEBBLETHWAITE, pág. 349), pero no le amó, engañándose a sí mismo de que este servilismo suyo era una virtud. El Padre Innocenzo Colosio O.P., (en *Rassegna di A scetica e Mistica*, agosto septiembre 1975 año XXVI n. 3, pág. 244), cuenta cómo el entonces Nuncio en París (estamos en 1950), oponiéndose (con razón) a la nueva versión del Salterio deseada por Pío XII, observó que no había que decírselo al Papa, para no disgustarle. Estaba en desacuerdo, pero no lo dejó traslucir... «Juan XXIII», prosigue el padre Colosio, «no creía en absoluto en la santidad de Pío XII, según refiere un miembro muy autorizado de la suprimida congregación del Santo Oficio, quien añade que cuando Juan bajaba a las grutas vaticanas para visitar la tumba de su predecesor, rezaba **ostentosamente** el De Profundis, para dar a entender que no lo consideraba canonizado y frenar así el incipiente movimiento que ya se vislumbraba. El mismo Papa le explicó el sentido de su oración por los difuntos» (ibíd. pág. 246).

Es libre Juan XXIII de no creer en la santidad de Pío XII. Por supuesto, sin embargo, rezar... para expresar públicamente esta opinión no demuestra ni caridad ni afecto hacia el difunto Pontífice.

14) *Lettere alla famiglia;* editado por EMANUEL y MARCO RONCALLI, Rusconi 1989. carta del 22-10-1953 citada por HEBBLETHWAITE *op. cit*., pág. 340.

15) Cf. ANDREA LAZZARINI, *Jean XXXIII*, ed. Salvator Mulhause 1959, pág. 132;

TERESIO BOSCO, *Papa Giovanni*, Sei Torino 1983, pág. 136; LEONE ALGISI, *Giovanni X III*, MARIETTI TORINO 1959, pág. 284-285; GABRIELE CARRARRA, *Papa Giovanni, in terra come in cielo*, Velar Bergamo 1984, pág. 104; RENZO ALLEGRI *Il Papa che ha cambiato il mondo*, Reverdito ed. Gardarolo de Trento 1988, recoge la versión (p. 163) pero no la cree (p. 164).

16) GIULIO ANDREOTTI, *A ogni morte di Papa*. *I papi che ho conosciuto*, Biblioteca universale Rizzoli 1982, pg. 65-66.

17) HEBBLETHWAITE, *op. cit*. pág. 380.

18) GIULIO ANDREOTTI, *op. cit*. pág. 72-73.

19) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 394.

20) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pg. 386.

21) WILTON WYNN, *Guardians of the Kingdom*, Frassinelli 1989, pg. 22.

22) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., págs. 355-356.

23) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 380.

24) *Lecture et Tradition*. Bulletin littéraire, contrerévolutionnaire. B.P.1. 86190 Chiré-en-Montreuil- n° 179 enero 1992. págs. 21-24. La Sra. Bardet, con su carta, pretendía defender la ortodoxia de su marido recientemente fallecido (su último libro es de 1989).

25) Cf. *Sodalitium* nº 24, pág. 9; nº 25, pág. 23 - Sobre un desacuerdo entre ambos véase en cambio: *Sodalitium* nº 26, págs. 3-4.

26) HEBBLETHWAITE, *op. cit*. pág. 348.

27) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 352.

28) Sodalicio, nº 31, pág. 24.

29) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 357-358.

30) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 359, citando: *Lettere alla famiglia*, *op. cit*., pág. 40.

31) PAOLO TANZELLA s.c.j. *Papa Giovanni*, ed. Dehoniane 1973, pág. 212.

32) MALACHI MARTIN, *I Gesuiti*, ed. Sugarco. Milán, ed. italiana 1988, pág. 312.

33) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 706.

34) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 374.

35) HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 385.